

marones y Espiroquetas, estrechamente unidos, con el aspecto externo de los hombres maduros, algunos ostentando la clásica curva de la felicidad (?) y casi todos con nieve sobre las sienes, pero demostrando que sus corazones arden todavía con el fuego inextinguible de la eterna juventud.

El capítulo «Apéndice» que es el final de la obra, es un museo de cosas de aquellos tiempos: estadísticas; datos sobre exámenes de grado, programas de teatro, canciones, versos, etc. Quien los lea sentirá la emoción de hallar entre las hojas de una antigua novela, un botón de rosa, extendido, seco y amarillento, cuyo perfume todavía perceptible, nos hará soñar en tantas cosas amables y lejanas.

Hemos terminado el análisis del libro y nos hemos quedado meditando si este comentario habrá cumplido el propósito que nos trazamos. Interesar en su lectura a médicos y pacientes, a los jóvenes de aquella generación (?) y a los de la presente. Aquéllos, cual más cual menos, podrán recordar su propia novela y éstos, hacer comparaciones y pensar que es necesario mantener encendida la antorcha de los ideales de la juventud para que los acompañe durante toda su vida.—Quillota, enero de 1947.—DR. ALEJANDRO VÁZQUEZ ARMIJO.



<https://doi.org/10.29393/At263-18LDAD10018>

«LAUREL DESPIERTO», por Víctor Castro.—Ediciones «ACANTO»,
Santiago de Chile, 1946.

En 1941, nos cupo comentar el primer libro de poemas de Víctor Castro, intitulado «Víspera en Llamas», en un gran esfuerzo crítico verificado por la revista «Atenea» y que intitula-
mos «Zodiaco de la Poesía Chilena en 1941». (Apareció publica-
do en 1942). Este artículo desencadenó las iras de Víctor Castro
sobre nosotros, por cuanto hicimos un examen en exceso exhausti-
vo de su primera obra, a fin de someter a un severo análisis la

calidad de su inicial poesía. Por desgracia, nuestro trabajo se publicó con un largo salto tipográfico y el poeta no pudo leer la parte en que le vaticinábamos un porvenir venturoso, por cuanto—según nuestro juicio de entonces—en una reducida parte de su obra se aquilataban méritos estilísticos de importancia. En verdad, no explicamos a Víctor Castro, ni él se percató de ello, que lo que pretendimos con el mencionado análisis fué comprobar si en verdad estábamos ante algo definitivo o en mera formación.

Desde aquel entonces han transcurrido cinco largos años nutridos de presagios y venturas, y Víctor Castro hoy nos entrega un breve volumen intitulado «Laurel Despierto». Sin duda, que el poeta ha de estar agradecido a nuestra rigurosidad, a esa primera crítica de tan poderosas exigencias. Y, nosotros, por nuestra parte, hoy constatamos, con severo gozo, que nuestro tiempo no fué utilizado en vano, al hacer un tan largo y penoso estudio de «Vísperas en Llamas».

Las influencias de García Lorca y otros poetas ya han sido totalmente eliminadas. Hoy, su voz es pura, enhiesta:

«Amante, anduve ciego y desprendido,
la vena sin color, el labio seco.
Y las manos perdidas en el eco
de un bosque imaginario y sin sentido.

Amante, anduve triste y perseguido
por un llanto de nieve, espada en celo.
Y en un cerrar de párpados sin vuelo
la noche revolvía en mi gemido».

Víctor Castro, con serenidad y hondura intelectual, ha sabido recolectar las mejores esencias del mensaje de los clásicos españoles, verbigracia el de Garcilaso (que en los tercetos del soneto ya citado en sus cuartetos), es sutilmente visible:

«Mas, el tiempo que en penas ya transcurre,
no se lleva en su brazo lo llorado
ni se lleva en su pecho lo inclemente.

Que si un día en un rostro se me escurre
esa tibia pasión de lo soñado,
Otros labios tendré, tan tristemente».

En términos generales—sin que ello implique influencias nocivas—es visible el amor de Víctor Castro por la poesía española contemporánea, en especial por Pedro Salinas (amador también de Garcilaso, quien le dió el título de un libro: «La voz a ti debida»). Del mismo modo, es grata a su garganta la poesía de Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén y Luis Cernuda. Por ello, la primera parte de la obra nos resulta muy madrileña y esta afirmación no encierra reproche alguno:

«Fragancia y luna
de jazmín.
Ortiga y caracol,
otoño sutil,
primera melancolía,
pámpano de marzo,
lluvia,
Abril».

Asimismo, son parte de este españolismo esencial de Víctor Castro, versos de este cuño:

«No estaba toda la sangre,
sobraba el llanto,
y el cielo que yo tenía
para los labios
ni era cielo ni despertaba
con tus pasos».

Empero, lo más fundamental de «Laurel Despierto», está en la segunda parte de esta obra. Allí, la tradición hispánica se rompe para dar paso a un barroco fino, tierno, alado:

«Pero un rayo ha llegado. Los cristales
han traído sus largas cabelleras,
sus águilas terciadas sobre el pecho,
esos tigres de oro diminuto».

En suma, estamos frente a un libro de poemas escrito con severa maestría y que coloca a su autor en un sitio señalado en la joven poesía chilena.—ANTONIO DE UNDURRAGA.



«ARAUCANÍA», monografía de *Celia Leyton*

En nuestras manos, una hermosa monografía con un bello y sugerente título «Araucanía» «Rostro de una raza altiva».

Autora de esta obra, la maestra y pintora por añadidura, Celia Leyton Vidal que ha dedicado su vida y esfuerzos a «cantar en el color todo el carácter de Arauco». Aun más, es su propia editora y ha publicado su obra pese que, según sus propias palabras «he tenido que desafiar los obstáculos de índole más diversa» para lograrlo. Terrible sino en nuestra patria, en la que aun los artistas son producto absoluto de sus propias energías, hecho que en Celia Leyton es aplastantemente confirmado.

Componen esta monografía que nos ocupa, veintiséis reproducciones seleccionadas entre sus numerosas telas, muchas, de las cuales hemos tenido oportunidad de conocer personalmente en su taller de Temuco y en exposiciones múltiples, pudiéndose decir que ellas grafican y compendian perfectamente la labor de esta pintora chilénísima.